

*Antigua
entrada
de
Torralba.*

Fotos
G. Lz. de Guereñu



Vertiente navarra de la Sierra de Codés. A la izquierda destacan Las Dos Hermanas.

RECUERDOS DE UNA EXCURSION A YOAR

Por G. Lz. de Guereñu

Premio Meritorio del I Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Pecía»

Estamos en otoño, la bella estación que suele regalarnos con soleados y tranquilos días. Hemos madrugado —no son aún las siete de la mañana—, el cielo se presenta cubierto y el tren de Estella se halla preparado y a punto de partir. Pocos viajeros, la mayoría cazadores que van a la pasa de la paloma. El frío del amanecer obliga a cerrar las ventanillas; no contentos con esto, algunos *matan el gusanillo*, tonificándose con sendos tragos de aguardiente. Aberásturi, Andollu... ansiosas miradas al puerto de Eguileta y contrariados semblantes al observar la niebla en los altos, lo que dificultará el cruce de ellos a las *torcazas*. Paso al valle de Laminoria; el cielo cambia, hacia Navarra se despeja el horizonte así como la cara de algunos cazadores que entablan animadas conversaciones cinégeticas. Mientras atravesamos Maestu y Antoñana los semblantes son ya francamente optimistas al divisar algunas *bandadas* de palomas. Pronto estamos en Santa Cruz de Campezo donde descendiendo, así como los cazadores más rezagados —parte de ellos han quedado en estaciones anteriores— para continuar mi excursión a Yoar.

La suerte me acompaña. A la puerta de la estación está el autobús a Logroño —servicio alterno— que me evitará doce kms. de subida hasta Aguilar. Por ahora pocos viajeros, pero abundantes moscas, muchas moscas, enorme cantidad de moscas... parece como si se hubiesen dado cita todas las de las tres provincias de su recorrido —Alava, Navarra y Logroño—. Parada a pocos metros de Santa Cruz; encargos, discusiones interminables, pero todo llega, hasta la salida de este vehículo. Enfilamos el puerto de Aguilar; parada en Genevilla, enseguida otra en Cabredo, multitud de personas esperando —son vísperas de fiestas en el pueblo y hay

que preparar algún extraordinario—, la impenetrabilidad de los cuerpos opacos parece no existir, afortunadamente son pocos kms. los que restan. Seguimos, y pasan los doce kms. hasta Aguilar, donde empezará la excursión pedestre.

Aguilar: en lo alto de una loma, calles estrechas, sucias, llenas de ganado; atraveso por ellas, a la salida el cementerio y al fondo la sierra de Codés contrastan con su severidad la vista anterior. Desciendo a la carretera. A un par de kms., cerca de Azuelo, llama mi atención, a la izquierda del camino, una ermita abandonada. Subo hasta ella, son las ruinas de la de San Bartolomé, precioso ejemplar románico, con bonita puerta adornada con excelente tímpano y dos buenos capiteles. Más adelante Azuelo, y, poco más allá Torralba del Río, pueblo típicamente navarro y fronterizo, enclavado en un alto y que aún conserva restos de sus murallas, así como una de las puertas que daban acceso a la villa. Visita a gente conocida, almuerzo excelente: pan casero, un buen chorizo, resto de la pasada matanza, y unos tragos de vino de la anterior cosecha, lo último de la cuba, pues hay que dejar sitio para la próxima vendimia.

El sol que ha estado cubierto por tenue celaje, brilla ahora en todo su esplendor. Son ya más de las once; despedidas y hacia el Santuario de Codés, distante algo más de dos kms. Poco antes de llegar a él se contempla la sierra en toda su grandeza: a la izquierda quedan las peñas de las Dos Hermanas y Peña Blanca o Picos de Grudo. Hacia el centro, en lo más alto, Yoar; después Risco Rojo, la Cuvilla, peña que en su base presenta una oquedad —¿cueva pequeña, cuevilla, cuvilla?— reloj natural, pues cuando queda cubierta de sombra es exactamente mediodía, Peña de los Cencerros,

San Cristobal, más allá Peña Redonda y el alto de Malpico, en las escabrosidades de Punicastro, donde se levantó un castillo, refugio de foragidos en el siglo XV, acaudillados por su capitán Juan Lobo, terror de la comarca, que, al fin, pagaron caras sus tropelías, siendo destrozada la banda y muertos sus componentes por los animosos torralbeses que acabaron con la zozobra y peligro que tal vecindad representaba para los pacíficos habitantes de la región. En memoria de estos acontecimientos solían celebrarse en la mañana de San Juan populares regocijos alrededor de una balsa cercana al pueblo, con animados bailes y gran estruendo de armas de fuego, recordando la alegría y agasajos con que aquellos valerosos antepasados fueron recibidos, en este mismo lugar, por el resto del vecindario, al regreso de su triunfal campaña contra los bandoleros.

En el corto recorrido desde la villa al Santuario ha venido acompañándome un viejecito, amable y parlanchín, todavía recio y correoso a pesar de los años, habiendo transcurrido toda su vida en su querido Torralba, puesto que en él nació y en él pensaba morir. A mis continuas preguntas acerca de los distintos nombres que reciben los numerosos peñascos diseminados por la ladera navarra, fué contestando, solícito y servicial, indicándome en muchos casos, no solamente el nombre escueto que le daban los naturales, sino agregando pormenores que esclarecían el significado de aquellas denominaciones.

Así, me dijo, que la «Peña de los Cencerros», roca de pronunciadas laderas, poco menos que inaccesibles, debe su nombre a la apuesta que un pastor hizo de los cencerros de su rebaño, en contra de otro compañero que pretendía llegar a la, hasta entonces, inalcanzable cima. La apuesta terminó con la victoria del segundo, que coronó la cúspide jamás hollada anteriormente.

Más poética es la leyenda referente a las peñas gemelas, llamadas de «Las dos Hermanas». Estos dos picos se destacan del macizo, adentrándose en tierra navarra. Muy parecidos en la forma, únicamente se dife-

rencian un poco en su distinta altitud. Aquellas dos rocas representan a dos hermanas, huérfanas de madre, a quienes el segundo matrimonio de su progenitor dejó sin cariño familiar y a merced de una madrastra desnaturalizada.

Fueron tantas las torturas sufridas —que el recuerdo de la cariñosa madre muerta acrecentaba—, que un día salieron al campo y, sin darse cuenta del tiempo ni de los lugares por donde caminaban, se les echó la noche encima.

Su madrastra, al no verlas llegar a la hora acostumbrada, las maldijo, exclamando:

—¡Así os convirtais en piedras!

Desde aquel momento, nadie supo jamás de las dos hermanas, pero, entre la cima de Yoar y el camino al Santuario de Codés, aparecieron estos dos peñascos, un poco diferentes en altura, igual que las dos huerfanitas.

En el mayor de estos dos monolitos existe, en silueta, una figura que aseguran representa un sacerdote con casulla, en actitud del «Dominus vobiscum» y que es la efigie del que celebraba su misa en el vecino Santuario y fué incrustado en la peña por el beneficiado y nigromántico Juanis de Bargota. Mi acompañante afirmaba que Juanis fué a visitar, como buen navarro, a la Virgen de Codés, y, al penetrar en la iglesia, estaba celebrando misa el Abad de Otiñano, quien hacía poco tiempo había sido objeto de pesada broma en las ferias de Pamplona, por parte del mencionado cura de Bargota.

Una de las veces, al volverse para entonar el «Dominus vobiscum», vió a Juanis en el templo y, teniéndole por endemoniado, no quiso seguir la misa y pretendió volverse a la sacristía. Nuestro personaje colocóse en su camino y le conminó para que siguiese el Santo Sacrificio, a lo que el Abad manifestó:

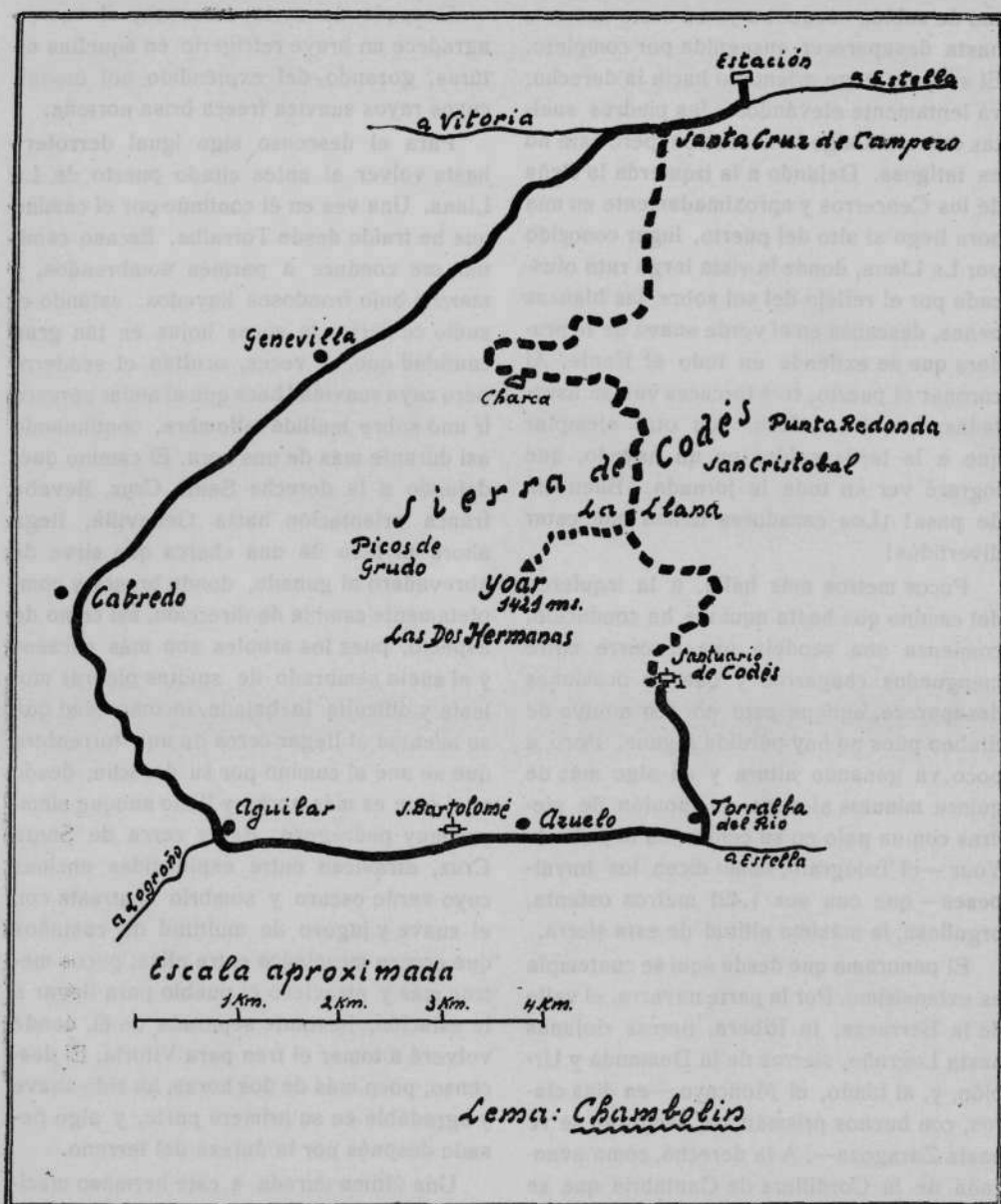
—Ya sabes, Juanis, que está escrito: «No echés pan bendito al perro, ni a tus cerdos alimentos con margaritas».

Nuestro clérigo respondió:

—Pero asimismo se dice: «También los cachorros comen las migajas que caen de la mesa de su Señor».

El Abad siguió en su porfía y, malhumorado Juanis, lo cogió por los pies y lo estrelló contra la peña, dejándonos este recuerdo de sus andanzas por el mundo.

las llagas y heridas mal curadas, empezando ahora la etapa montañera, puesto que la anterior caminata la he efectuado por carretera y caminos bien marcados.



Con esta agradable conversación llegamos al Santuario, donde me despedí, agradecido, de mi circunstancial amigo, no sin antes efectuar breve visita a la milagrosa Virgen de Codés, abogada especial contra

La subida para el acceso a Yoar comienza al lado de la fuente próxima al Santuario. Su copioso caudal y agua excelente incitan a echar un trago, teniendo en cuenta que en toda la sierra son escasísimos los manantia-

les. El camino que al principio discurre entre corpulentos robles, va perdiendo anchura hasta convertirse en estrecha senda, al par que van disminuyendo los árboles que a mitad de subida encuentro ya en corto número, hasta desaparecer enseguida por completo. El sendero, algo orientado hacia la derecha, va lentamente elevándose; las piedras sueltas dificultan algo la ascensión, pero ésta no es fatigosa. Dejando a la izquierda la Peña de los Cencerros y aproximadamente en una hora llego al alto del puerto, lugar conocido por La Llana, donde la vista largo rato ofuscada por el reflejo del sol sobre las blancas peñas, descansa en el verde suave de la pradera que se extiende en todo el frente. Al coronar el puerto, tres torcaces vuelan asustadas; son las únicas, con otro ejemplar que a la tarde saldrá en un hayedo, que lograré ver en toda la jornada. ¡Buen día de pasa! ¡Los cazadores tienen que estar divertidos!

Pocos metros más hallá, a la izquierda del camino que hasta aquí me ha conducido, comienza una sendeja que discurre entre menguados chaparros y que en ocasiones desaparece, aunque esto no sea motivo de titubeo pues no hay pérdida alguna. Poco a poco va ganando altura y en algo más de quince minutos alcanzo un montón de piedras con un palo en su centro: es la peña de Yoar —el Telégrafo, como dicen los torralbeses— que con sus 1.421 metros ostenta, orgullosa, la máxima altitud de esta sierra.

El panorama que desde aquí se contempla es extensísimo. Por la parte navarra, el valle de la Berrueza, la Ribera, tierras riojanas hasta Logroño, sierras de la Demanda y Urbión, y, al fondo, el Moncayo —en días claros, con buenos prismáticos, aseguran se ve hasta Zaragoza—. A la derecha, como avanzada de la Cordillera de Cantabria que se alza detrás, eleva su airosa silueta la Peña de Lapoblación; más allá la sierra de Tolón, y, al costado, las Picotas de San Román y Corres, y los montes de Iturrieta tras los cuales se esconde la alta meseta de Onraitia. Por el norte, al pie de espesos montes de

hayas y boj, está la vertiente alavesa, la villa de Santa Cruz, sierra Lóquiz, las Améscoas, sierras de Andía y Urbasa, y al este, Montejurra.

Después de corto descanso, el cuerpo agradece un breve refrigerio en aquellas alturas, gozando del espléndido sol otoñal, cuyos rayos suaviza fresca brisa norteña.

Para el descenso sigo igual derrotero hasta volver al antes citado puerto de La Llana. Una vez en él continúo por el camino que he traído desde Torralba. Escaso caminar me conduce a parajes sombreados, y *marcho bajo frondosos hayedos*, estando el suelo cubierto de secas hojas en tan gran cantidad que, a veces, ocultan el sendero, pero cuya suavidad hace que al andar parezca ir uno sobre mullida alfombra, continuando así durante más de una hora. El camino que, dejando a la derecha Santa Cruz, llevaba franca orientación hacia Genevilla, llega ahora al lado de una charca que sirve de abrevadero al ganado, donde brusca y completamente cambia de dirección, así como de aspecto, pues los árboles son más escasos y el suelo sembrado de sueltas piedras molesta y dificulta la bajada, incomodidad que se acentúa al llegar cerca de una torrentera que se une al camino por su derecha; desde aquí éste es más ancho y llano aunque siempre muy pedregoso. Estoy cerca de Santa Cruz, atravieso entre espléndidas encinas cuyo verde oscuro y sombrío contrasta con el suave y jugoso de multitud de castaños que crecen mezclados entre ellas; pocos metros más y atravieso el pueblo para llegar a la estación, bastante separada de él, donde volveré a tomar el tren para Vitoria. El descenso, poco más de dos horas, ha sido suave y agradable en su primera parte, y algo pesado después por la dureza del terreno.

Una última mirada a este hermoso macizo, cuya parte norte cubierta de espeso arbolado, contrasta con la peñascosa y bravía vertiente del otro lado, y al tren que para las siete de la tarde me dejará otra vez en Vitoria, habiendo gozado de un día espléndido y vistas maravillosas.